

CERROS TUTELARES DE MEDELLÍN ¹

Jorge L. Vásquez M. *



Si a los habitantes de Medellín les preguntaran acerca del lugar que en su infancia fue más significativo, es bastante probable que la respuesta girara alrededor de tres espacios: la habitación, la calle, y la manga². Es allí donde muchos de los momentos más cargados de sentimientos y más recordados de nuestras vidas transcurrieron.

La habitación, lugar de la intimidad por excelencia, ámbito para la concentración y el pensamiento: allí enfrentamos el miedo a la oscuridad, lloramos bajo la cama, y fuimos conscientes por primera vez de nuestro cuerpo.

La calle, espacio del ser social por naturaleza, donde todo era accesorio, excepto el deseo de encontrarse con los demás. Allí jugamos incansablemente, conocimos otras gentes, exploramos el barrio y concertamos nuestra primera riña y hasta recibimos un merecido golpe.

La manga era el sitio de la aventura y el misterio, el lugar donde aprendimos que el universo era infinito, donde supimos qué tan alto podía saltar un grillo, qué tan dulces podían ser las guayabas, y qué tan fuerte podía doler una espina.

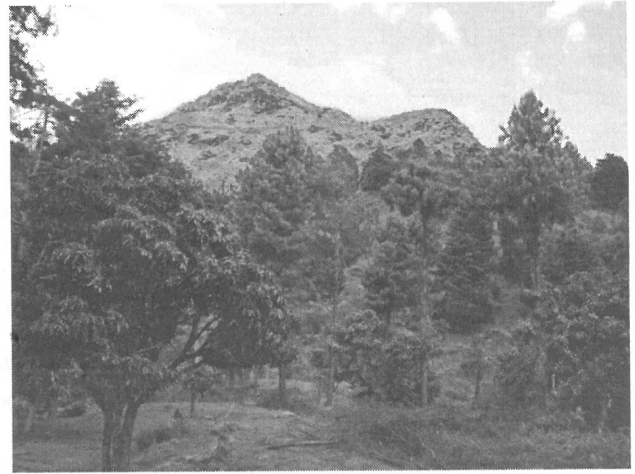
Pero para muchos, sin duda, este último fue el lugar donde

la experiencia de la vida se hizo mucho más intensa y grata. A menudo las zonas verdes no eran otra cosa que espacios baldíos, áreas que la ciudad aún no había incorporado a sus necesidades primigenias: una vía, una vivienda, una red de servicio. El espacio en ese entonces no parecía ser un problema; casas, calles y lotes sin uso eran amplios y generosos. Estos últimos, generalmente estaban asociados a zonas incultas e insalubres, rastrojeros, cañaduzales, chircales, pantaneros.... la ciudad juvenil aún no trepaba el inmenso valle que le daba cobijo.

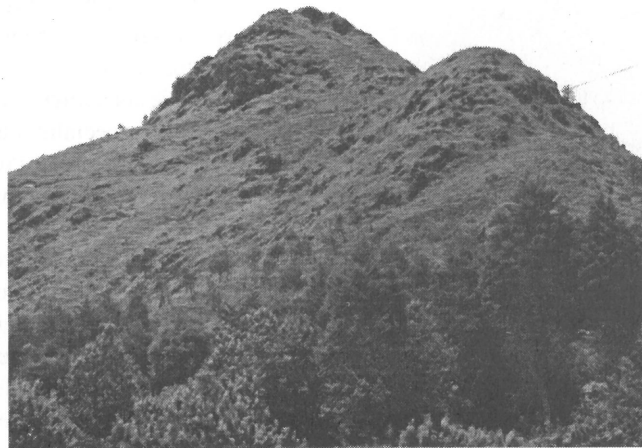
¹ Este texto fue producido en el marco del proceso de formulación de los Planes de Manejo y Gestión Integral de los Cerros Tutelares de Medellín. Por su carácter literario, es un subproducto que nunca logró hacerse a un espacio cómodo entre los administradores públicos, planificadores y proyectistas. La necesidad de compartirlo y el cariño por los cerros me indujo a publicarlo en esta revista.

² Manga —habrá que aclararlo—, alude a esos espacios no urbanizados y ya casi inexistentes, donde antaño, los que ya peinamos canas, podíamos jugar libremente, en pleno contacto con la flora y fauna real e imaginaria. *O sea, nada que ver*, con la modalidad de *comics* oriental que hoy campea por igual en muros, publicaciones, diversos tipos de pantallas y cuadernos escolares. (N. del e.)

En aquel entonces, era apenas una pequeña mancha que flotaba en este enorme valle, surcada por un río que se movía a su antojo y coronada de suaves y graciosos relieves que se podían ver a lo lejos como míticos guardianes. De estas elevaciones se destacaban algunos, que por sus formas particulares o por su posición, parecían emerger de la tierra para relatarnos con su enérgica presencia que éramos la prole de una tierra y un paisaje dinámico. Esto son los morros: promontorios naturales, lomas, colinas, montañas, picos... los personajes centrales de la narración. Ahora son cerros, físicamente mucho menos distantes, pues la urbanización de la ciudad terminó por rodearlos o cubrirlos totalmente. Ahora son tutelares, por caprichos del lenguaje y a causa del interés de la administración pública, que quiere darles un tratamiento acorde con el valor que poseen y con la importancia que podrían representar para la ciudad. Decimos *podrían*, porque así como cercanos físicamente, aún están distantes de pertenecer a los afectos de la generalidad de la ciudadanía. Su fama, en otro tiempo justificada, de sitios peligrosos, oscuros, o inaccesibles ha contribuido para ello.



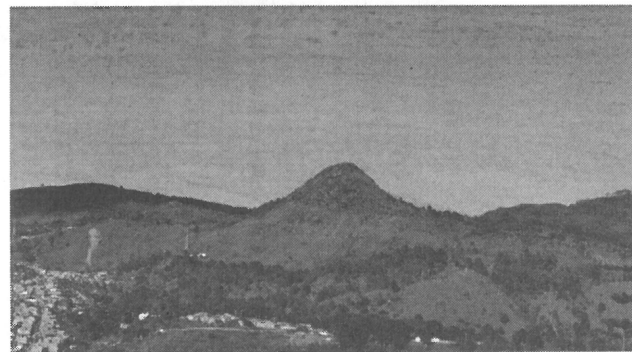
Nutibara, Volador, Picacho, Santo Domingo, Pan de Azúcar, Salvador y Asomadera, podrían ser los nombres de siete personajes de un cuento de fantasía. En realidad lo son, dependiendo de los ojos de quien los visite. Configuran un mosaico de realidades muy diversas, por su posición en la ciudad, sus funciones ambientales y su valor urbano. Sus muy variados procesos de conformación natural y de evolución urbana, les confiere un carácter y una identidad bien definida; en algunos casos por obra del uso y la intervención activa; en otros, merced a su aislamiento y abandono histórico.

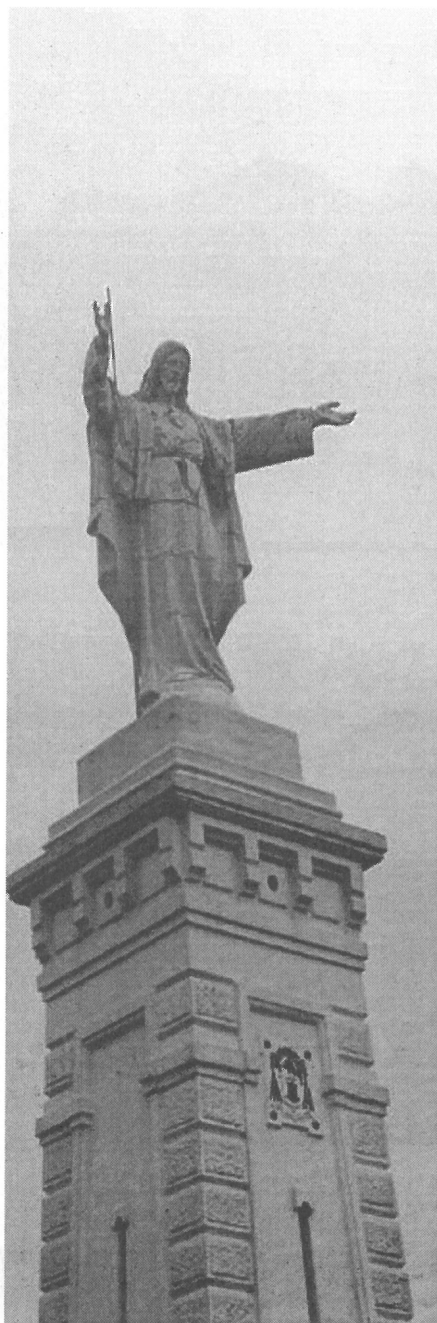


Forman parte de este sistema cerros con valores ecológicos del singular contexto metropolitano del valle de Aburrá, como es el caso de El Picacho y El Volador. Así mismo, cerros que han sufrido una altísima modificación por causa de la modernización de la ciudad, específicamente para usos residenciales, tales como El Salvador y Santo Domingo. Y otros que como La Asomadera, Nutibara y Pan de Azúcar no exponen un dominio tan claro de su valor ecológico sobre lo artificial, con lo que no dejan de ser áreas verdes altamente significativas para la ciudad.

Hay en todos ellos elementos dignos de conocimiento, y lugares de un alto valor paisajístico, que por causa de esa suerte de abandono e indiferencia frente a lo público, no han sido incorporados debidamente a los afectos del conjunto de la población. Sin embargo, es justo decir que todos ellos habitan los imaginarios individuales de sus pobladores vecinos.

El Picacho es altamente representativo para una porción de la zona noroccidental de la ciudad, y gracias a eso cualquier habitante de Castilla, París o el Doce de Octubre, lo referencian bien cuando se les





requiere por él.

Santo Domingo también está incorporado en toda la comuna nororiental; la gente de Guadalupe, Aranjuez, Popular o Blanquizal lo reconocen de inmediato, aunque no como cerro, sino como barrio.

Pan de Azúcar es reconocido en la zona centroriental de la ciudad, de tal suerte que cualquier habitante de Caicedo, Ocho de marzo, Los Mangos o el Trece de noviembre saben por dónde se accede a su cima.

La Asomadera y *El Salvador*, en el centro de la ciudad, son referentes históricos de los barrios Buenos Aires, El Salvador, o Niquitao.

Nutibara, en el suroccidente, ha sido compañero permanente de la vida de los pobladores de Belén, Guayabal o Conquistadores.

El Volador, emplazado en el centroccidente de la ciudad forma parte de la geografía mental de los barrios San Germán, Carlos E. Restrepo, Robledo o La Iguañá.

Todos, en diversa medida, están subutilizados; pues su uso y disfrute se produce en breves períodos del año o se concentra en sitios muy específicos; que representan una porción limitada de sus potenciales como espacios públicos de importancia barrial, zonal o metropolitana. Su uso y desarrollo sostenible constituyen una aspiración de la ciudad, y por ello, la administración pública y especialmente las universidades, se han aplicado —con variable intensidad e interés— a realizar estudios acerca de sus virtudes ambientales y de sus problemáticas más acuciantes.

En este sentido, el reto principal ha sido fomentar su visibilidad en la ciudadanía; generar interés para descubrirlos o revisitarlos, alentar su buen uso y estimular su preservación. Han estado ahí por mucho tiempo, inclusive antes que nosotros, y de seguro nos sobrevivirán. Son los mejores observadores del crecimiento de esta metrópoli que hoy se apiña en los andenes, en los semáforos y en los centros comerciales. La carta de invitación está abierta, subamos a observarnos...

* *Ingeniero forestal de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. M.Sc. en Restauración del Paisaje Universitá Dell'Aquila-Universitá Della Tuscia. Director de la Fundación HTM.*
jvasquez@grupohm.org

